

“Quien más tiene que impulsar el ordenamiento de la actividad arrocera es la empresa”, afirmó Orlando Linares y puntualizó: “Tenemos reservas internas y es una necesidad revisar al detalle cada gasto; hay que lograr eficiencia en el proceso industrial, calidad en el grano y en los secaderos tenemos que limitar al mínimo los movimientos de arroz cáscara seco, para ahorrar combustible y horas de carga del transporte, eso encarece el arroz”.

Sur del Jíbaro también se exprime, al punto de que en la nueva plantilla laboral —reveló el director general— “se están haciendo aprobaciones de estructuras con más eficiencia, por ejemplo, donde teníamos tres máquinas, poner cinco, para tener más personal directo a la producción y menos indirectos. De las cosas pendientes, una es revisar el precio de la semilla, a raíz de que bajaron las tarifas del avión, del agua y de la prestación de servicios y, si seguimos reduciendo los costos a la hora de producir un quintal, también tenemos que disminuir el precio de la semilla”.

SUBSIDIO PARA LA COSECHA

Sin que se conocieran a nivel de empresa las últimas adecuaciones de precios hechas por el país e informadas por la televisión a mediados de semana, Orlando Linares comentó que “se sigue revisando todo para reducir más los costos de la producción porque, a pesar de que se subió el precio de compra al productor, todavía hay un nivel de pérdida y ese margen no está montado en la cadena productiva, de ahí la propuesta de subsidiar la cosecha de arroz húmedo para no incrementar los precios minoristas de salida a la población”.

“Enhorabuena, el alto precio de la hora de vuelo apenas vivió días, pronto sobrevino un descenso que amansó la resistencia inicial de los arroceros de Sur del Jíbaro, un colectivo tan matrimoniado con el cereal que aceptó el pedido de la Aviación de contratar el servicio y confiar en que las tarifas entrarían en revisión”

En efecto, la Ministra de Finanzas y Precios anunció días atrás en la Mesa Redonda que el país aprobó la entrega del subsidio temporal para incrementar el pago al productor en la cosecha.

Aunque la estabilidad productiva de Sur del Jíbaro corre riesgos, Orlando Linares puntualizó que, sin la precisión de los precios finales del arroz, se contrataron las 22 000 hectáreas previstas a sembrar este año y las 109 000 toneladas de arroz en cáscara húmedo a cosechar.

“No toda la inquietud alrededor de la Tarea Ordenamiento —adiujo— fue por el avión, las demás partidas de gastos también desvelaron, y adelante que en la nueva plantilla vamos a reducir la fuerza de trabajo porque se nos incrementó el personal indirecto.

“Si algo se necesita —dijo— es que los trabajadores en las unidades y los campesinos ganen buen dinero y tengan solvencia; porque es dura la producción arrocera, son cinco o seis meses para lograr la cosecha, muchas noches quedándose en los campos espantando las aves, aquí es muy fuerte la radiación solar y los productos químicos son nocivos; pero la gente se impone, esperamos tener un año agrícola bueno, con rentabilidad y ganancia; subrayar que con el encadenamiento productivo que tiene Sur del Jíbaro, aquí no cabe otro análisis que buscar eficiencia, calidad agroindustrial y, aunque el país subsidie, es necesario exprimirnos”.

Me da fuerzas saberme útil

Sostiene la técnica en Microbiología, Loida Leal Martín, para quien lidiar cara a cara con la amenaza del virus se ha convertido en rutina diaria

Texto y foto: Lianny Pérez

Suena la alarma del despertador. Abre los ojos y ansía, con todo su ser, que esta sea una mejor jornada. Pero, lamentablemente, para Loida Leal Martín, técnica en Microbiología del Policlínico I, de Cabaiguán, desde marzo pasado, cuando la COVID-19 plantó bandera en suelo cubano, los días ya no son lo que esperaba. Y no solo por el estricto ropaje verde que la hace irreconocible: sobrebata, guantes, nasobuco de tres capas, gafas y pañuelo para su cabello; sino porque ahora, como nunca antes, mira de frente al peligro y hasta lo toca con sus manos.

La vida le cambió, y de qué manera. En los últimos meses, ha tenido que, sin estar enferma, entrar y salir de los centros de aislamiento abiertos en el municipio, zonas en cuarentena y ahora llega hasta los hogares de viajeros o sospechosos de portar el SARS-COV-2. ¿El motivo? Es una de las cinco personas del municipio cabaiguaneño que toman muestras para detectar el virus a través de una prueba de PCR.

“Nunca pensé que iba a vivir algo como esto y mira que me he enfrentado a enfermedades complejas desde el año 1982 cuando estudié la carrera en Villa Clara. Recuerdo, por ejemplo, los días de la meningococcal, lo difícil que fue, las guardias que hacía, pero nada como ahora. Esta pandemia no tiene precedentes, es muy contagiosa y difícil de controlar si no se siguen los protocolos de salud establecidos”, refiere Loida, quien agrega que este tiempo ha sido de constante aprendizaje.

“Desde el propio mes de marzo, cuando se detectaron los



Casi cuatro décadas ha dedicado esta cabaiguaneña a la Microbiología.

primeros casos positivos a la COVID-19 en nuestro país, nos reunieron y nos dieron una capacitación sobre la enfermedad, los protocolos que debíamos adoptar y la manera de tomar las muestras. Fue impresionante, pero aun así lo veíamos como algo lejano, que se podría controlar. No fue hasta el brote en Cabaiguán, cuando se deterioró mucho la situación epidemiológica, que por primera vez me enfrenté a la realidad del virus, el fácil contagio y las complicaciones que traía”.

En tiempos de coronavirus, no son pocos los sacrificios. Las semanas de trabajo se le han extendido de lunes a domingo y en ocasiones hasta cerca de las diez de la noche. “Empezamos a hacer todas las muestras por la mañana y a la hora que terminemos vamos y las entregamos en Higiene provincial, ahí se dejan organizadas, luego regresamos al laboratorio para dejar las otras que están sin tomar y volver a salir al día

siguiente. Trabajamos por semanas, es decir, nos dividimos para que mientras parte del equipo toma muestras, el resto trabaje en el laboratorio, porque este no puede dejar de funcionar”.

Pero, más allá de extremar medidas de protección y aumentar las horas laborales, esta trabajadora de la salud, esposa, madre y abuela, ha debido reajustar, incluso, sus horarios familiares. “Ha sido muy difícil, tengo que pasar semanas sin ver a mi nieto, a mi hijo, todo para cuidarlos. Llego a mi casa, entro por el pasillo y pongo a desinfectar ropa y zapatos en una palangana con agua y cloro. De lejos les digo adiós a los vecinos. Mi vida ha cambiado por completo”.

A rostros amigos, conocidos y hasta familiares ha debido tomar muestra Loida para confirmar o descartar la presencia del SARS-COV-2. “Sufrí mucho cuando tuve que tomar muestras a mis compa-

ñeros del Banco de Sangre y más sufrí cuando uno de ellos enfermó. Cuando ves a alguien que conoces es como si el virus estuviera más cerca, como diciéndote que en cualquier momento puedes ser tú”.

Similar angustia siente cada vez que debe tomar muestras a un niño. “Las personas adultas se ponen un poco incómodas, pero te entienden; los niños no, lo primero que hacen es asustarse cuando nos ven llegar vestidos de verde y tan cubiertos que apenas se nos distinguen los ojos. No saben lo que uno les va a hacer, piensan que los vamos a inyectar o a sacarles sangre. En ese momento, uno tiene que seguir los protocolos, no los puedes consentir, ni mimar, apenas los puedes tocar; en fin, es bien complejo”.

En los minutos finales de este diálogo —al cual casi no accede, porque según ella es todavía una guajira del Troncón que no ha soltado el ariete— se impone una pregunta: ¿siente temor Loida al contagio?

A la interrogante, seguida de un suspiro hondo, responde: “Sí, todos los días. Soy una persona de 58 años, la mayor del grupo y sé que si enfermo puedo presentar más problemas y complicaciones que el resto. Pero pienso que si mis compañeras lo hacen yo también puedo, y así se me pasa cualquier temor. Me da fuerzas saberme útil”.

Loida Leal Martín desconoce hacia dónde la llevará el rastro de la COVID-19 en los próximos días o semanas, qué puertas tocará o qué rostros verá. Solo se centra en ese pensamiento que se repite cada mañana antes de salir de su casa: “No me voy a enfermar, me voy a proteger y voy a ayudar. Esta enfermedad terminará pronto”.



La sequía comienza a afectar a todo el territorio, pero en particular a Sancti Spíritus, Cabaiguán, Taguasco y La Sierpe. /Foto: Vicente Brito

La sequía comienza a enseñar las uñas

Mary Luz Borrego

La tormenta tropical Eta aún marca la diferencia en esta provincia donde, a pesar de que desde diciembre llueve bien poco, la primera mitad del período seco —de noviembre a enero— clasifica como extremadamente húmeda.

Los tres meses transcurridos acumulan casi 306 milímetros, cuando el promedio histórico en esa etapa apenas suma 127 milímetros, pero las precipitaciones ocurrieron solo en noviembre, mes en que se registraron unos 290 milímetros debido al aún recordado fenómeno meteorológico que empapó durante varios días a Sancti Spíritus.

Yusliadys Lorenzo Coca, subdelegada de Recursos Hidráulicos en el territorio, agregó además a Escambray que diciembre clasificó como muy seco con solo 11.3 milímetros, enero quedó marcado como el de menos precipitaciones en el último decenio (solo 3.8 milímetros), y en la primera mitad de febrero

la tendencia apunta hacia ese mismo camino.

En general, durante los tres primeros meses del período seco los municipios menos mojados resultan Sancti Spíritus, Cabaiguán, Taguasco y La Sierpe, territorios que mantienen esa propensión en lo que va de febrero, cuando reportan menos del 25 por ciento del promedio.

Por su parte, los embalses presentan en general un favorable estado al acumular más de 982 millones de metros cúbicos de agua. Específicamente la presa Zaza se mantiene con un 80 por ciento de llenado de sus capacidades y superan esa cifra el resto de los acuatorios, excepto Dignorah y Aridanés, que apenas rebasan el 65 por ciento.

Todo indica que el período seco apenas comienza a enseñar las uñas porque el meteorólogo Freddy Ruiz recientemente comentó a esta publicación que la posibilidad de la ocurrencia de precipitaciones aquí resulta bien escasa pues, además de que transitamos por la sequía estacional, desde el pasado año se mantiene la influencia del evento La Niña.